

CAPÍTULO IV.

I.

Jamas arte ninguno, ni en el lienzo, ni en el mármol ni aun con la palabra, podrá expresar la belleza de la faz, la sublimidad de la vida de Jesus. No tiene él toda su belleza posible mas que en el corazón de los que le aman, y aun allí mismo no la tendrá jamas entera; pues, á medida que aumente la luz en nuestros corazones, parecerá mas y mas bello.

La verdadera ciencia, añadiéndose al amor, se formará de él visiones cada vez mas espléndidas.

Admirábasele primero como los hombres sin ciencia suelen mirar el cielo estrellado; y se le contemplará como el genio ilustrado por la ciencia penetra cada vez mas en las profundidades de la inmensidad. La ciencia, la ciencia acumulada y comparada

en todos sentidos, ciencia de la historia, ciencia del alma y del cuerpo, de la naturaleza y del espíritu humano, y de la vida de las sociedades humanas y de las leyes ideales de la belleza, todo eso nos le muestra hoy mas bello de lo que se le ha visto jamas.

Confieso que, ayudado por estas luces, por mi amor y mi conviccion, quisiera poder trazar en estas páginas el retrato mas bello del Salvador que jamas haya sido hecho por mano de hombre. Ved cuál habria sido mi ambicion. Yo osaba decir á Nuestro Señor Jesucristo: « Puesto que habéis permitido, ó maestro mio, que se os desfigurase, concededme la gracia de que os muestre á los hombres mas bello de lo que os vieron jamas. »

Desgraciadamente no soy mas que un obstáculo á la expresion de esa belleza, y no podrán pasar por mi mente y por mi pluma mas que algunos rasgos insuficientes; pero ensayaré segun mis fuerzas.

Lo que contemplo aquí, Señor, es vuestra humanidad, lo que miro es vuestra figura histórica y real, vuestra belleza humana, semejante á la que podemos tener en vos y vos queréis darnos.

Hermanos carísimos, corazones generosos, inteligencias ansiosas de verdad, considerad bien esto.

Ved desde luego el lugar donde se muestra y en qué fondo viene á brillar su figura.

Ved bogar nuestro planeta en derredor del centro luminoso de donde sale; vedle dormir por espacio de muy largos siglos, y elevarse bajo las manos del Padre que lo forma, del caos á la consistencia y de la inercia á la vida; luego de la vida durmiente á la vida despierta, y despues á la vida de la razon y de la libertad.

Empero ved que en todo eso reina la muerte, casi tanto como la vida.

Considerad ademas nuestra raza, venida al planeta enteramente armada de razon y de libertad, establecida por Dios mismo, como lo dice el Antiguo Testamento, para disponer el globo terrestre en el orden y la justicia : la veréis multiplicar el error, multiplicar el mal, acumular en todas partes las tinieblas y la iniquidad. Este es un hecho que no se trata de explicar, pero que está patente. Los hombres, al finalizar la historia antigua, en el momento en que comienza la era nueva, ya no saben mas que una sola cosa : vejarse y devorarse, profanarlo todo, mancillar lo todo y erigir en religion esa forma satánica de la vida. Esa es la tempestad moral mas horrorosa que jamas haya atravesado la nave que nos lleva. El género humano que no tiene otra direccion que el furor del Océano, ¿ va á naufragar en la tenebrosa noche y á estrellarse en los escollos ?

En ese crítico momento aparece un hombre, como

á veces un piloto en un buque que se cree perdido. Este hombre empuña el timon del mundo, saca la nave, próxima á zozobrar, de entre los escollos, indica el rumbo, muestra el polo, y nos lanza al través del Océano hácia nuestra estrella con una fuerza y una velocidad que el antiguo mundo no habria podido imaginar.

Ese es el mayor y mas visible de todos los hechos de la historia humana.

Es absolutamente cierto y cada vez irá haciéndose mas visible, á medida que la meditacion intelectual simplifique y trasfigure la historia y perciba el sentido bajo la corteza de los hechos; es absolutamente cierto, digo, que el antiguo mundo termina en la cruz del Salvador, ni mas ántes ni mas despues, y que entónces comienza el mundo nuevo. El que no ve eso no percibe el rasgo mas relevante de la configuracion histórica de nuestra humanidad; ese no ve absolutamente nada. Repitémoslo : la muerte del Cristo es el momento preciso en que acaba toda la historia antigua, y el sepulcro del Cristo parece que no se cierra sino para sepultar en él la vieja humanidad.

En el momento preciso en que nuestros ojos ven finalizar en la historia la vieja humanidad y comenzar la humanidad nueva, en ese momento el hombre que con su vida, su muerte y su doctrina ha creado

esa nueva direccion de la vida, ese hombre que hace eso nos manifiesta que sabe lo que hace, y lo declara así : « Ahora es la crisis del mundo... ahora el « príncipe de este mundo va á ser lanzado fuera ¹... « El reino de Dios está desde ahora en medio de « vosotros ². »

Compréndase bien que nada de esto puede contestarse. Todos estos hechos están todavía ante nuestros ojos. Por mas que se quisiera negar la autenticidad ó el sentido de este texto : « Ahora es la crisis de este mundo; » todo lo demas del Evangelio es lo equivalente de eso. Todo el Evangelio consiste en decir : « Ved aquí que se acerca el reino de Dios, y que desde ahora está en medio de vosotros. » Ese es el sentido de la palabra Evangelio. El mismo Evangelio es esa buena y grande nueva.

Pues bien, hé ahí el marco del cuadro donde va á parecer la figura del Cristo.

II.

No hablaré del misterio de su generacion. HA NACIDO DEL ESPÍRITU SANTO, dicen el Evangelio y el *Credo*. No insisto sobre este punto. Pero propongo

¹ Joann., XII, 31.

² Luc, x, 9.

aquí estas dos cuestiones : Cuando la tierra estaba cubierta de animales en los cuales no habia ni razon ni libertad, ¿ cómo sobrevino el ser nuevo que introdujo en la tierra la razon y la libertad? Del propio modo, ¿ cómo en la raza del hombre animal, agobiada con todas las corrupciones crecientes é inveteradas del error y la iniquidad, cómo vino, para borrar los pecados del mundo, el hombre nuevo, el enviado de Dios sin pecado, absolutamente inmaculado de todo error y de todo mal? ¿ No es él por sí solo una especie de creacion nueva, un nuevo don del espíritu de Dios? ¿ Es una mera deduccion del antiguo hombre? Hijo del hombre sin duda alguna, pero el hombre en él ¿ no está con Dios de un modo enteramente diferente que los demas hombres? « ¿ Cómo es el Cristo hijo de David? decia Jesus « mismo á los judíos ¹. Si David le llama su Señor, « ¿ cómo puede ser hijo suyo? » Pero por hoy me limito, con el Evangelio, á proponer la cuestion.

Miradle ahora á él mismo, á « ese hombre que « respira el aire como los demas, » dice Isaías : « en « todo semejante á nosotros, á excepcion del pecado, » añade San Pablo ².

En todo es semejante á nosotros, hombre como

¹ Matth., XXII, 45. — Luc, XX, 44.

² Tentatum autem per omnia, pro similitudine, absque peccato. (Hæb., IV, 15.)

nosotros, que puede sufrir, que puede morir ¹, que tiene una alma humana, un corazón humano y una razón humana ², que puede desarrollarse ³ y que no tiene la omnisciencia de Dios.

Y por eso, si quiero contemplarle bien, me es menester mirar á la vez en la historia, en la sólida realidad del Evangelio, y luego también en mi propio corazón y en mi propio espíritu, y en toda la experiencia de la naturaleza humana, en toda la ciencia del cuerpo y del alma que puedo poseer.

¡ Contemplemos pues la heroica y real belleza del más grande de los hijos de los hombres!

Hay, á lo que creo, tres resplandores de belleza, ó tres elementos necesarios, sin los cuales en nadie puede haber belleza.

Quitad del rostro humano la expresión del valor, la de la inteligencia ó la de la bondad, é introduciréis la fealdad. ¿Cuál era pues la belleza de aquel cuya vida fué la más alta expresión de estos divinos esplendores?

¹ Corpus Christi est humanum, doloribus et corruptioni obnoxium, ex naturæ suæ conditione. — Artículo de fe católica.

² Animam humanam, eamque rationis participem, Verbum divinum assumpsit. — Artículo de fe católica.

³ Et Jesus proficiebat sapientia, et ætate, et gratia, apud Deum, et homines. Luc, II, 52. — Santo Tomas dice, 3ª q. IX, art. 4: Fuit ergo in Christo aliqua experimentalis scientia, quæ est scientia acquisita.

Jesucristo posee el valor pleno, el valor continuo, absoluto, en una fuerza heroica y en una dignidad real. Posee el valor potente, el valor que triunfa, porque está fundado en la incontrastable voluntad de la justicia, porque está guiado por una voluntad espléndida que ve las leyes eternas de la vida, y porque está incesantemente inspirado por la bondad inmensa, desplegada en amor entusiasta así como en profunda compasión.

Contemplemos pues sucesivamente esos resplandores de belleza, como cuando la ciencia, analizando la hermosura del día, distingue en él tres rayos, rayos de fuerza, de luz y de fuego.

Y por de pronto, contemplemos la inteligencia de Jesucristo.

III.

Jesucristo estuvo manifestamente inmaculado de todo error, lo mismo que de todo pecado. Esto es lo que sostiene, compelido por la evidencia, aun el mismo racionalismo. Jesús es el único entre los hombres que haya podido decir: « ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado ¹? » También hubiera podido decir: ¿Quién de vosotros me convencerá de error?

¹ Qui ex vobis arguet me de peccato? Joann., VIII, 46.

¡Lástima que no se conozcan mejor los misterios del espíritu! No costaría entonces tanto trabajo comprender el interior del espíritu de Jesús.

Estaba sin error porque estaba sin pecado. « Quien obra según la verdad se arrima á la luz; quien obra mal aborrece la luz y no se arrima á ella¹! » Todo hombre se engaña, pero el hombre se engaña tanto menos cuanto mas firmemente adherido está á la justicia. Todo espíritu está unido á la eterna razón por una especie de inspiración y vivificación continuas. Dios prepara todo pensamiento², dice la Escritura Sagrada. Dios es la causa primera de toda operación intelectual, dice nuestra gran filosofía. Bastaría para no incurrir en error obedecer al dato divino y al impulso de la causa primera. Indudablemente no hay en el hombre una fuerza que le impele siempre á toda luz; pero hay en el hombre una fuerza y un instinto que nos detienen ante el error. El hombre los elude por mil pasiones mezquinas y bajas, queriendo pensar partiendo de sí mismo y no partiendo de Dios. Jesús, por su razón humana purísima obedecía al Padre tan perfectamente como las estrellas saben obedecer á la atracción. La criatura puede

¹ Joan., III, 20-21. « Omnis enim, qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem... qui autem facit veritatem, venit ad lucem... »

² I Reg., II, 3. « ... Ipsi (Domino) præparantur cogitationes. »

también obedecer, y debe hacerlo. El mundo material da el ejemplo de ello.

« Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo, sino según las oigo. Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado¹. » Nosotros hablamos por decisión de arbitraria voluntad, pero él decía lo que veía: *Nisi quod viderit Patrem facientem*. Su discurso no tenía mas que esta forma, y es la única que aprueba: *Si, sí, ó no, no*². Toda palabra suya es un rasgo de lo que existe, un signo de lo que es: *horum quæ sunt scientiam veram*. ¿Por qué no me ha de ser dado decir el fondo de este estado intelectual tal cual la verdadera teología y la verdadera ciencia, y á veces la santa experiencia lo hacen conocer? Pero ¿quién querrá tomarse el trabajo de penetrar en estas profundidades? ¿Quién quiere creer lo bastante para conceder una hora de atención? Si alguien quiere hacerlo, que escuche.

El espíritu humano de Jesucristo nunca está solo: « Mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado³. » Su inte-

¹ Verba quæ dedisti mihi, dedi eis. Joann., XVII, 8. — Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me. Joann., VII, 16. — Verba, quæ ego loquor vobis, a me ipso non loquor. Joann., XIV, 10.

² Est, est; non, non, quod autem his abundantius est, a malo est. Matth., V, 37.

³ Joan., VIII, 16. Judicium meum verum est, quia solus non sum,

ligencia no está sola. Radicalmente distinta de la del Padre, como el creado lo es del increado; radicalmente distinta de la luz absoluta del Verbo, está unida al Verbo con esa union profunda que define nuestra teología y de la cual resulta la maravilla de que siendo siempre esta inteligencia finita y la inteligencia infinita radicalmente distintas por naturaleza, están en uno y obran en uno. En Jesucristo, el desarrollo siempre finito de la razon humana se apoya incesantemente en la infinitad, implícita para ella, que constituye su recurso, su fondo, su principio, su inspiracion. Así es como el espíritu humano de Jesus nunca se engaña, estando como está unido al espíritu que sabe todo. De ahí su perpetua originalidad y su incesante novedad. Jamas está inerte su espíritu; jamas permanece en la vetustez del pasado, en la inercia del pensamiento envejecido. « Mi Padre, « dice, hoy como siempre está obrando incesantemente, y yo ni mas ni ménos ¹. » Así se mueve el espíritu unido á Dios ². Dios es todo accion : el es-

sed ego, et qui misit me, Pater. — *Ib.*, xiv, 10. Non creditis, quia ego in Patre, et Pater in me est? Verba, quæ ego loquor vobis, a me ipso non loquor.

¹ Pater meus usque modo operatur, et ego operor. Joann., v, 17.

² Bajo el punto de vista teológico, claro está que no se trata aquí mas que de una comparacion, que creo puede ayudar á concebir, hasta cierto punto, el interior del espíritu de Jesus. Si todo espíritu unido á Dios, por la gracia y la buena voluntad, la obediencia y la humildad, llega á ser, á medida que mas unido está, cada vez mas

piritu unido á Dios está en accion, cuanto es posible al espíritu finito y creado. No duerme en la accion antigua, no se limita al pasado ni al presente, no languidece en la identidad. Sabe salir de sí para recibir toda nueva impresion de la vida, toda experiencia y toda inspiracion de Dios.

Ó discípulos del Maestro, ó almas vivientes, que poseéis la fe y el amor, ¿ no habéis probado á pensar así nunca?

IV.

Ahora bien, ¿ qué doctrina ha venido del Padre al mundo por el Verbo, trasmitida por esa inteligencia humana del hombre Dios?

Es para mí absolutamente cierto que Jesucristo, en el Evangelio, da en cada una de sus palabras las fórmulas eternas de la vida. *Verba vitæ eternæ habes* ¹. Las palabras de Nuestro Señor Jesucristo son como los límites ideales hácia los cuales convergen las ciencias y todas las líneas de la razon : *Gränzbe-griffe*, dicen hoy los Alemanes.

El Evangelio da las claves, los principios, las so-

activo bajo las órdenes incesantes del Padre, ¿ cuál no era la actividad del espíritu humano de Jesus, en su union *hipostática* con Dios?

¹ Joann., vi, 69.

luciones últimas, el punto fijo hácia el cual no cesará de converger el espíritu humano.

Á medida que las ciencias vayan desenvolviéndose hasta los resultados verdaderos, las páginas que han estado en el Evangelio largo tiempo oscuras comienzan á resplandecer.

Si hay en el mundo una ciencia nueva, digo nueva como ciencia, es de seguro la ciencia social. Los que no conocen el fondo de ella osan hablar « de la « singular economía política de Jesus; » pero los que saben realmente dicen, con uno de los maestros mas eminentes, que en el Evangelio se encuentra una ciencia de las leyes del hombre y de la sociedad que á un mortal como los demas no le es dado poseer.

Del Evangelio brotan torrentes de luz sobre la ciencia de la vida social, que á su vez los repercute espléndidamente: y esa ciencia, yo os lo anuncio, ha de ser durante algunos siglos el predicador mas activo y elocuente del Evangelio. Parte teórica de la ciencia, y parte práctica, y viva fortaleza para hacer que la teoría se convierta en acto, todo lo da Jesus en el Evangelio con superioridad divina. Él es quien tiene verdaderamente respecto de este asunto las fórmulas eternas de la vida.

Me concreto á este solo ejemplo que no hago mas que indicar sin explanarlo. El último tercio de nuestro siglo se encargará de esta explanacion.

Jesus, digo, conoce el fondo de las ciencias y echa los cimientos de ellas en su enseñanza.

Despues del trascurso de tantos siglos se van descubriendo, no por via de interpretacion sutil de la superficie del texto, sino por el comentario central del fondo : comentario que se obtiene cuando un texto por largo tiempo inexplicable se aclara por fin, brilla de pronto, irradia absolutamente en todos sentidos, toca á toda verdad y muestra su luz simple y universal como Dios.

Y por eso mismo las fórmulas eternas que da, nunca son de ciencia abstracta, sino de ciencia comparada; aunando la ciencia del alma, la ciencia del cuerpo, la ciencia del universo y la de Dios, la historia y la moral, la política y la economía, la religion y la metafísica. Su inteligencia no es divisa ni abstracta, sino siempre plena y unificada.

Miéntas que las palabras de los hombres se asemejan á los caractéres impresos en el papel ó á la pintura en el lienzo, que ni son cosas que subsisten, ni seres de toda dimension, las del verdadero maestro son estrellas que viven, se estremecen é iluminan la inmensidad en todos sentidos. Ellas tienen todos los resplandores de la luz, fuerza, claridad, calor, y tambien toda su belleza.

Y estas divinas palabras, á la par que fórmulas de ciencia eterna son esplendores de poesía : sobria, di-